

# PEDRO LAÍN Y LA VOCACIÓN DE ENSEÑAR

Por **José Antonio García Fernández**  
**IES Pedro Laín Entralgo**  
**Híjar (Teruel)**

**(Artículo publicado en *Diario de Teruel*, jueves, 4 de octubre de 2001, p. 13.)**

Pedro Laín Entralgo (Urrea de Gaén, 15 de febrero de 1908 –Madrid, 5 de junio de 2001) fue enseñante toda su vida. Católico fervoroso, le tentó un tiempo la política (militó en la Falange), pero pronto se desencantó. Durante años, tuvo importantes cargos —rector de la Universidad de Madrid, director de la Academia de la Lengua—, que abandonó para dedicarse por entero a la tarea educadora. Su cátedra de Historia de la Medicina fue su más profunda dedicación. Como a muchos españoles, en el bando de los ganadores o en el del llamado “exilio interior”, la espesa vida oficial del nacionalcatolicismo le hizo refugiarse en la fértil soledad de la plena dedicación profesional.

Como profesor universitario, realizó una excelente labor. Puso las bases para el estudio de una disciplina —la historia médica— que, hasta entonces, había estado desasistida en nuestro país. Laín creó escuela y su obra tiene, hoy, continuidad. Se negó a arrojarse en la bandería de un nacionalismo trasnochado y partió de una triste constatación: el atraso de España en cuestiones de ciencia. Laín lamentaba la ausencia de vocaciones. Por eso le parecía tan importante el ejemplo de los maestros. Porque sin él, no habría discípulos.

Cuando escribió sobre su admirado paisano, en *Estudios y apuntes sobre Ramón y Cajal* (1945), diferenció dos modos de enseñar: el didascálico, que se refiere al pasado, a la reelaboración de los conocimientos adquiridos; y el entitativo, que alude a lo que el maestro es (presente) y a las vocaciones que, con su ejemplo, puede orientar (futuro). Laín se enfadaba cuando oía que Cajal no había sido buen profesor, que no era sistemático en la exposición ni claro en las explicaciones. Consideraba que el Nobel aragonés, con su hacer y dedicación, había conseguido muchas vocaciones.

Tuvo presente a Cajal e intentó aunar lo didascálico y lo entitativo. Fue, de hecho, un brillante sistematizador de su disciplina. Y en cuanto a su ejemplo, baste decir que fue uno de los pocos en pertenecer a varias Reales Academias (de la Historia, la Medicina y la Lengua). Ha seguido, en eso, la estela de otro gran médico, don Gregorio Marañón. Siempre pidió, para el

técnico, mayor formación humana. Y al hombre de letras, le reclamaba curiosidad científica, rigor en el método y gusto por la observación. A ambos les exigía alguna perfección como seres humanos. Porque la vida, decía, no es nada sin la donación, sin la generosa entrega de uno mismo a los demás. La vida es esencialmente vocación y misión. Sólo quien se entrega llega a la plenitud.

Pedro Laín predicó con el ejemplo. Científico eminente, humanista y polígrafo, cultivó varias disciplinas: historia de la medicina, historia de la cultura y una filosofía de hondas raíces cristianas. Ensayista, articulista, crítico y “dramaturgo de domingo”, como él mismo dijo en alguna ocasión, acaparó premios y reconocimientos, sin dejar por ellos su vida de estudioso. Fue escritor prolífico y lector voraz. La lectura fue la base de su pedagogía. Pedía a sus alumnos más y más lecturas. Les exigía también que escribieran con corrección. Para él, leer es la base de cualquier aprendizaje. El lector ideal es el joven, porque para leer hay que ser flexible, proyectarse. Sólo el joven es capaz de comenzar de nuevo, de decir eternamente “voy a ser” o “quiero ser”. Leyendo nos divertimos, nos hacemos otros. Identificados con los protagonistas, dejamos nuestras vidas para vivir una nueva. La lectura nos recrea, nos reinventa, nos rectifica incluso, perfeccionándonos. Leer rejuvenece. Permite saltar tiempo y espacio, facilitando el diálogo con los ausentes. Entrar en los arcanos de Utopía y Ucronía.

Según Laín, vivir es proyectar, querer ser algo. Hay en él un optimista que rechaza la angustia existencial a lo Sartre. Fue un vitalista, un filósofo de la esperanza. Siempre tenía proyectos, quería hacer. Para él, el hombre es un adolescente eterno. La lectura estimula a ser otro, a comenzar otra vez. Leer, como vivir, es un acto de relación, de descubrimiento del otro. El proyecto como *élan* o impulso de vida y la relación con los demás son las bases de su pensamiento. Autoconstructivismo y socialización.

En *Teoría y realidad del otro*, estudió la relacionalidad de la vida humana. Para él, el fundamento del encuentro es el amor. El aislamiento le parece *contra natura*. El hombre tiene carácter comunitario. Como ser contingente, está sediento de plenitud. Por eso busca el vínculo y el reconocimiento del “tú”. Porque es frágil (*ens indigens*), se abre al encuentro, a la experiencia de la “nostridad”. Necesita vivenciar el “nosotros”, la relación interpersonal. Pero al tiempo, se ofrece para la donación (*ens offerens*), ya que sólo en ella se plenifica. Ser con el otro, reconocerlo como irremplazable, nos ayuda a encontrarnos a nosotros mismos. La tarea humana fundamental es plenificar el propio ser con la ayuda de los demás. La apertura al prójimo es el camino hacia nosotros mismos.

Para Laín, la caridad preside el encuentro con los otros. Entendida como “amor constante” —porque consta y es manifiesta—, la caridad es donación efusiva, creencia en el otro, entrega generosa a los demás. Ella nos plenifica, calma nuestra sed, nuestra ansia de comunión. En la caridad, el hombre remonta su contingencia, aproximándose al absoluto y religándose a Dios.

El amor constante lleva a reconocer al otro en su unicidad. Sin embargo, en algunos encuentros, como el del médico con el enfermo o el del maestro con el discípulo, el “yo” objetiva al “tú” y, en cierta forma, lo cosifica: el enfermo/alumno es percibido como objeto de una acción transformadora (operación quirúrgica/aprendizaje), que Laín llama “amor distante”. Pero advierte que el profesional debe ser consciente de su actuación, tras la cual nada volverá a ser igual. El médico/enseñante no es como un chófer que cuida su coche para que funcione (aunque como éste tiene que intervenir desapasionadamente). El médico/enseñante debe insertarse en el destino doliente de sus enfermos/alumnos. Comparte sus sufrimientos por su dolor/ignorancia. Hay entre ellos compañerismo de viaje, identificación progresiva. Una relación *a distancia*, pero *con constancia*, de la que podrá, algún día, nacer la amistad, encuentro interpersonal que Laín definió como “amor instante”, en el sentido de que los amigos se abren mutuamente, se instalan cada uno en la interioridad del otro.

Enseñar era, pues, un acto de caridad para Pedro Laín Entralgo. Un “médico sin práctica”, como lo definió el estudioso Nelson Orringer. Un hombre que sustituyó el ejercicio activo de la medicina por una tarea educadora, como historiador de su ciencia, en la que pudo hallar lo mejor de sí mismo. Y en la que pudo dar. Darse, como él quería. Plenificarse en la entrega a los demás, legándonos la permanencia de su ejemplo y el vitalismo de su genio.